

les —que han sufrido directamente las repercusiones de la crisis del sistema de enseñanza— están más dispuestos a expresar o permitir que se exprese en las formas más brutales lo que hasta ahora no era más que un elitismo de gente bien educada (me refiero a los buenos alumnos). Pero también hay que preguntarse por qué ha aumentado la pulsión que lleva al racismo de la inteligencia. Pienso que se debe en gran parte al hecho de que el sistema escolar se ha enfrentado en últimas fechas a problemas sin precedentes, con la irrupción de gente desprovista de las disposiciones socialmente constituidas que el sistema requiere en forma tácita; es gente, sobre todo, cuyo número devalúa los títulos escolares y al mismo tiempo los puestos que van a ocupar gracias a estos títulos. De allí el sueño, que ya se ha hecho realidad en ciertos ámbitos, como en la medicina, del *numerus clausus*. Todos los racismos se parecen. El *numerus clausus* es una especie de proteccionismo análogo al control de inmigración, una respuesta contra el amontonamiento que suscita el fantasma de las masas, de la invasión por la masa.

Siempre se está dispuesto a estigmatizar al estigmatizador, a denunciar el racismo elemental, “vulgar”, del resentimiento pequeñoburgués. Pero eso es demasiado fácil. Debemos jugar al “regador regado”¹ y preguntarnos cuál es la contribución de los intelectuales al racismo de la inteligencia. Sería bueno estudiar el papel de los médicos en la medicalización, es decir, en la naturalización de las diferencias sociales, de los estigmas sociales, el papel de los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas en la producción de los eufemismos que permiten designar a los hijos de los subproletarios o de los emigrados de tal forma que los casos sociales se conviertan en casos psicológicos, las deficiencias sociales en deficiencias mentales, etcétera. En otras palabras, habría que analizar todas las formas de legitimación del segundo orden que vienen a reforzar la legitimación escolar como discriminación legítima sin olvidar los discursos de aspecto científico, el discurso psicológico, y las propias palabras que pronunciamos.²

¹ Alusión a una película de Lumière.

² El lector encontrará análisis complementarios en Pierre Bourdieu, “Classement, déclassé, reclassement”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 24, noviembre de 1978, pp. 2-22.

Espacio social y génesis de las “clases”*

La construcción de una teoría del espacio social supone una serie de rupturas con la teoría marxista: ‘ruptura con la tendencia a privilegiar las sustancias —en este caso, los grupos reales cuyo número y cuyos límites, miembros, etcétera, se pretende definir— en detrimento de las *relaciones* y con la ilusión intelectualista que lleva a considerar la clase teórica, construida científicamente, como una clase real, un grupo efectivamente movilizado; ruptura con el economicismo que lleva a reducir el campo social —espacio pluridimensional— al campo meramente económico, a las relaciones de producción económica, constituidas de ese modo en coordenadas de la posición social; ruptura, por último, con el objetivismo, que corre parejo con el intelectualismo y lleva a ignorar las luchas simbólicas cuyo lugar son los diferentes campos y su disputa la representación misma del mundo social y en particular la jerarquía en el interior de cada uno de los campos y entre los diferentes campos.

El espacio social

En un primer momento, la sociología se presenta como una *topología social*. Se puede representar así al mundo social en forma de espacio (de varias dimensiones) construido sobre la base de principios de diferenciación o distribución constituidos

* Traducción: Roberto Bein y Marcelo Sztrum, en *Espacios*, Buenos Aires, núm. 2, julio-agosto de 1985. Versión original publicada en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núms. 52-53, París, junio de 1984.

¹ Una versión abreviada de este texto se pronunció en el marco de las “Conferencias sobre las ciencias filosóficas y sociales” en la Universidad de Francfort del Meno, en febrero de 1984.

por el conjunto de las propiedades que actúan en el universo social en cuestión, es decir, las propiedades capaces de conferir a quien las posea con fuerza, poder, en ese universo. Los agentes y grupos de agentes se definen entonces por sus *posiciones relativas* en ese espacio. Cada uno de ellos está acantonado en una posición o una clase precisa de posiciones vecinas (es decir, en una región determinada del espacio) y, aun cuando fuera posible hacerlo mentalmente, no se pueden ocupar en la realidad dos regiones opuestas del espacio. En la medida en que las propiedades retenidas para construir ese espacio son propiedades actuantes, también podemos describirlo como un campo de fuerzas, es decir, como un conjunto de relaciones de fuerzas objetivas que se imponen a todos los que entran en ese campo y que son irreductibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso a las *interacciones* directas entre los agentes.²

Las propiedades actuantes retenidas como principios de construcción del espacio social son las diferentes especies de poder o de capital vigentes en los diferentes campos. El capital, que puede existir en estado objetivado —bajo la forma de propiedades materiales— o, en el caso del capital cultural, en estado incorporado, y que puede estar garantizado jurídicamente, representa un poder respecto de un campo (en un momento dado) y, más precisamente, del producto acumulado del trabajo ya realizado (y en particular, del conjunto de los instrumentos de producción) y, al mismo tiempo, respecto de los mecanismos tendientes a asegurar la producción de una categoría particular de bienes y así de un conjunto de ingresos y beneficios. Las especies de capital, como una buena carta en un juego, son poderes que definen las probabilidades de obtener un beneficio en un campo determinado (de hecho, a cada campo o subcampo le corresponde una especie particular de capital, vigente como poder y como lo que está en juego en ese campo). Por ejemplo, el volumen del capital cultural (lo mismo valdría *mutatis mutandis* para el capital económico) determina las posibilidades asociadas de beneficio en todos los juegos

² Se puede imaginar haber roto con el substancialismo e introducido un modo de pensar relacional cuando, de hecho, se estudian las interacciones y los intercambios reales (de hecho, las solidaridades prácticas, como las rivalidades prácticas, ligadas al contacto directo y a la interacción —vecindad— pueden ser un *obstáculo* para la construcción de las solidaridades fundadas sobre la vecindad en el espacio teórico).

en que el capital cultural es eficiente, contribuyendo de esta manera a determinar la posición en el espacio social (en la medida en que ésta es determinada por el éxito en el campo cultural).

La posición de un agente determinado en el espacio social puede definirse entonces por la posición que ocupa en los diferentes campos, es decir, en la distribución de los poderes que actúan en cada uno de ellos; estos poderes son ante todo el capital económico —en sus diversas especies—, el capital cultural y el social, así como el capital simbólico, comúnmente llamado prestigio, reputación, renombre, etcétera, que es la forma percibida y reconocida como legítima de estas diferentes especies de capital. Se puede así construir un modelo simplificado del campo social en su conjunto, que permita pensar, para cada agente, su posición en todos los espacios de juego posibles (entendiéndose que, si bien cada campo tiene su propia lógica y su propia jerarquía, la jerarquía que se establece entre las especies de capital y el vínculo estadístico entre los diferentes haberes hacen que el campo económico tienda a imponer su estructura a los otros campos).

El campo social se puede describir como un espacio pluridimensional de posiciones tal que toda posición actual puede ser definida en función de un sistema pluridimensional de coordenadas, cuyos valores corresponden a los de las diferentes variables pertinentes: los agentes se distribuyen en él, en una primera dimensión, según el volumen global del capital que poseen y, en una segunda, según la composición de su capital; es decir, según el peso relativo de las diferentes especies en el conjunto de sus posesiones.³

La forma que reviste, en cada momento, en cada campo social, el conjunto de las distribuciones de las diferentes especies de capital (incorporado o materializado) como instrumentos de apropiación del producto objetivado del trabajo social acumulado define el estado de las relaciones de fuerza, institucionaliza-

³ La encuesta estadística sólo puede aprehender esa relación de fuerzas en forma de *propiedades*, a veces jurídicamente garantizadas a través de *títulos* de propiedad económica, cultural —títulos escolares— o social —títulos de nobleza—: lo que explica el vínculo entre la investigación empírica sobre las clases y las teorías de la estructura social como *estratificación* descrita en el lenguaje de la distancia respecto de los instrumentos de apropiación (“distancia respecto del hogar de los valores culturales” de Hahwachs), que el propio Marx emplea cuando habla de la “masa privada de propiedad”.

das en los *status* sociales perdurables, socialmente reconocidos o jurídicamente garantizados, entre agentes objetivamente definidos por su posición en esas relaciones; determina los poderes actuales o potenciales en los diferentes campos y las probabilidades de acceso a los beneficios específicos que los campos proporcionan.⁴

El conocimiento de la posición ocupada en ese espacio contiene una información sobre las propiedades intrínsecas (condición) y relacionales (posición) de los agentes. Esto se ve con particular claridad en el caso de los ocupantes de posiciones intermedias o medias que, además de los valores medios o medianos de sus propiedades, deben cierto número de sus características más típicas a que están situados *entre* los dos polos del campo, en el punto *neutro* del espacio, y a que fluctúan entre ambas posiciones extremas.

Clases "en el papel"*

Sobre la base del conocimiento del espacio de las posiciones podemos recortar *clases* en el sentido lógico del término, es decir, conjuntos de agentes que ocupan posiciones semejantes y que, situados en condiciones semejantes y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses semejantes y de producir, por lo tanto, prácticas y tomas de posición semejantes. Esta clase "en el papel" tiene la existencia *teórica* propia de las teorías: en la medida en que es producto de una clasificación explicativa, del todo análoga a la de los zoólogos o los botánicos, permite *explicar* y prever las prácticas y las propiedades de las cosas clasificadas y, entre otras cosas, las conductas de las reuniones grupales. No es en realidad una clase, una clase actual, en el sentido de grupo y de grupo movilizado para la lucha;

⁴ En ciertos universos sociales, los principios de división que, como el volumen y la estructura del capital, determinan la estructura del espacio social, se ven forzados por principios de división relativamente independientes de las propiedades económicas o culturales, como la pertenencia étnica o religiosa. La distribución de los agentes aparece en ese caso como el producto de la intersección de dos espacios parcialmente independientes, y una etnia situada en una posición inferior en el espacio de las etnias puede ocupar posiciones en todos los campos, incluso las más altas, pero con tasas de representación inferiores a las de una etnia situada en una posición superior. Cada etnia puede caracterizarse también por las posiciones sociales de sus miembros, por la tasa de dispersión de esas posiciones y, finalmente, por su grado de integración social a pesar de la dispersión (la solidaridad étnica puede tener como efecto el asegurar una forma de movilidad colectiva).

* *Classes sur le papier* en el original.

en rigor podríamos hablar de *clase probable*, en tanto conjunto de agentes que opondrá menos obstáculos objetivos a las empresas de movilización que cualquier otro conjunto de agentes.

Contra el *relativismo nominalista* que anula las diferencias sociales reduciéndolas a meros artefactos teóricos, debemos afirmar así la existencia de un espacio objetivo que determina compatibilidades e incompatibilidades, proximidades y distancias. Contra el *realismo de lo inteligible* (o la reificación de los conceptos) debemos afirmar que las clases que pueden recortarse en el espacio social (por ejemplo, para las necesidades del análisis estadístico que es el único medio de manifestar la estructura del espacio social) no existen como grupos reales, aunque expliquen la probabilidad de constituirse en grupos prácticos, familias (homogamia), clubes, asociaciones e incluso "movimientos" sindicales o políticos. Lo que existe es un *espacio de relaciones* tan real como un espacio geográfico, en el cual los desplazamientos se pagan con trabajo, con esfuerzos y, sobre todo, con tiempo (ir de abajo a arriba es elevarse, esforzarse en subir y elevar las marcas o los estigmas de tal esfuerzo). Aquí las distancias también se miden en tiempo (de ascenso o de reconversión, por ejemplo). Y la probabilidad de la movilización en movimientos organizados, con aparato, portavoz, etcétera (precisamente aquello que nos hace hablar de "clase") será inversamente proporcional al alejamiento en ese espacio. Si bien la probabilidad de reunir real o nominalmente —por medio de un delegado— un conjunto de agentes es tanto mayor cuanto más próximos estén en el espacio social y cuanto más restringida y entonces más homogénea sea la clase construida a la que pertenecen, la reunión de los más cercanos nunca es *necesaria* ni fatal (porque los efectos de la competencia inmediata pueden impedir la visión), así como tampoco es *imposible* la reunión de los más alejados. Aunque haya mayores probabilidades de movilizar en el mismo grupo real al conjunto de obreros que al conjunto de patrones y obreros, en el caso de una crisis internacional, se podría, por ejemplo, provocar una unión a partir de los lazos de identidad nacional (en parte porque por su propia historia cada uno de los espacios sociales nacionales tiene su propia estructura, por ejemplo en materia de separaciones jerárquicas en el campo económico).

Como el ser según Aristóteles, el mundo social se puede de-

cir y construir de diferentes maneras: puede ser prácticamente percibido, enunciado, construido de acuerdo con diferentes principios de visión y de división —por ejemplo, divisiones étnicas— siempre quedando claro que las uniones fundadas en la estructura del espacio construido sobre la base de la distribución del capital tienen mayores probabilidades de estabilidad y durabilidad así como que las otras formas de agrupación se verán siempre amenazadas por las escisiones y oposiciones vinculadas a las distancias en el espacio social. Hablar de un espacio social significa que no se puede juntar a cualquiera con cualquiera ignorando las diferencias fundamentales, en particular las económicas y culturales; pero no significa excluir la posibilidad de organizar a los agentes según otros principios de división —étnicos, nacionales, etcétera—, respecto de los que conviene destacar, por otra parte, que suelen estar ligados a los principios fundamentales: los propios conjuntos étnicos jerarquizados, al menos *grosso modo*, en el espacio social, por ejemplo, en Estados Unidos (por medio de la antigüedad de la inmigración, excepto el caso de los negros).⁵

Esto marca una primera ruptura con la tradición marxista: ésta identifica, sin más trámite, la clase construida con la real, es decir (como el propio Marx se lo reprochaba a Hegel), las cosas de la lógica con la lógica de las cosas; o bien, cuando hace la distinción contraponiendo la “clase en sí”, definida sobre la base de un conjunto de condiciones objetivas, con la “clase para sí”, fundada en factores subjetivos, describe el paso de una a otra, siempre celebrado como una verdadera promoción ontológica, con una lógica o bien totalmente determinista, o bien por el contrario, plenamente voluntarista. En el primer caso, la transición aparece como una necesidad lógica, mecánica u orgánica (la transformación del proletariado de clase en sí en clase para sí se presenta entonces como un efecto inevitable del tiempo, de la “maduración de las condiciones objetivas”); en el segundo caso se le presenta como efecto de

⁵ Lo mismo sería válido para las relaciones entre el espacio geográfico y el social: estos dos espacios nunca coinciden exactamente; no obstante lo cual numerosas diferencias asociadas habitualmente al efecto del espacio geográfico, como por ejemplo la oposición entre el centro y la periferia, son el efecto de la distancia en el espacio social, es decir, de la distribución desigual de las diferentes especies de capital en el espacio geográfico.

la “toma de conciencia” concebida como “toma de conocimiento” de la teoría, operada bajo la dirección esclarecida del Partido. En ningún caso se menciona la misteriosa alquimia por la cual un “grupo en lucha”, colectivo personalizado, agente histórico que fija sus propias metas, surge de las condiciones económicas objetivas.

Mediante una especie de falsificación se hacen desaparecer los problemas esenciales: por una parte, el problema de lo político, de la acción de agentes que, en nombre de una definición teórica de la “clase”, asignan a sus miembros los fines oficialmente más conformes a sus intereses “objetivos”, es decir, teóricos, y del trabajo por el cual logran producir si no la clase movilizadora la creencia al menos en la existencia de la clase, que funda la autoridad de sus portavoces; por otra parte, la cuestión de las relaciones entre las clasificaciones pretendidamente objetivas que produce el teórico, igual en esto al zoólogo, y las clasificaciones que los agentes mismos no dejan de producir en su vida diaria y por las cuales intentan modificar su posición en las clasificaciones objetivas o los propios principios según los cuales se producen esas clasificaciones.

La percepción del mundo social y la lucha política

La teoría más resueltamente objetivista debe integrar la representación que los agentes se hacen del mundo social y, más precisamente, su contribución a la construcción de la visión de ese mundo y, por lo tanto, a la construcción de ese mundo por medio del *trabajo de representación* (en todos los sentidos del término) que efectúan sin cesar para imponer su propia visión del mundo o la visión de su propia posición en ese mundo, de su identidad social. La percepción del mundo social es el producto de una doble estructuración social: por la parte “objetiva” esta percepción está socialmente estructurada porque las propiedades relacionadas con los agentes o las instituciones no se ofrecen a la percepción de manera independiente, sino en combinaciones de muy desigual probabilidad (y así como los animales con plumas tienen mayores probabilidades de tener alas que los animales con pelos, es más probable que visiten un museo quienes posean un gran capital cultural que quienes carezcan de ese capital); por la parte

“subjetiva”, está estructurada porque los esquemas de percepción y de apreciación susceptibles de funcionar en un momento dado, y en particular aquellos depositados en el lenguaje, son el producto de luchas simbólicas anteriores y expresan, de manera más o menos transformada, el estado de las relaciones de fuerza simbólicas. Pero además, los objetos del mundo social se pueden percibir y decir de diferentes maneras porque, como los objetos del mundo natural, comportan siempre una parte de indeterminación y evanescencia que se debe a que aun las combinaciones más constantes de propiedades, por ejemplo, sólo se basan en vínculos estadísticos entre rasgos sustituibles, así como a que, en tanto objetos históricos, están sometidos a variaciones de orden temporal y a que su propia significación, en la medida en que está suspendida en el futuro, está en suspenso, en espera, y por lo tanto, relativamente indeterminada. Esta parte de juego, de incertidumbre, es la que da un fundamento a la pluralidad de las visiones del mundo, y está vinculada con la pluralidad de los puntos de vista, con todas las luchas simbólicas por la producción e imposición de la visión del mundo legítima y, más precisamente, con todas las estrategias cognitivas de *llenado* que producen el sentido de los objetos del mundo social más allá de los atributos directamente visibles por la referencia al futuro o al pasado: esta referencia puede ser implícita y tácita, con lo que Husserl llama la protensión y la retención, formas prácticas de prospección o de retrospección que excluyen la posición del futuro y del pasado como tales; puede ser explícita, como en las luchas políticas, donde el pasado, con la reconstrucción retrospectiva de un pasado ajustado a las necesidades del presente (“¡Aquí estamos La Fayette!”*) y sobre todo el futuro, con la previsión creadora, son permanentemente invocados para determinar, delimitar, definir el sentido, siempre abierto, del presente.

Recordar que la percepción del mundo social entraña un acto de construcción no implica en modo alguno aceptar una teoría intelectualista del conocimiento: lo esencial de la experiencia del mundo social y del trabajo de construcción que esta experiencia implica se opera en la práctica, sin alcanzar el ni-

* Es la frase dicha por el ejército estadounidense al entrar a París a fines de la primera guerra mundial, sobre la tumba de La Fayette.

vel de la representación explícita ni de la expresión verbal. Más cercano a un inconsciente de clase que a una “conciencia de clase” en el sentido marxista, el sentido de la posición ocupada en el espacio social (lo que Goffman llama el “*sense of ones's place*”) es el dominio práctico de la estructura social en su conjunto, que se ofrece mediante el sentido de la posición ocupada en esa estructura. Las categorías de la percepción del mundo social son, en lo esencial, el producto de la incorporación de las estructuras objetivas del espacio social. En consecuencia, inclinan a los agentes a tomar el mundo social tal cual es, a aceptarlo como natural, más que a rebelarse contra él, a oponerle mundos posibles, diferentes, y aun, antagonistas: el sentido de la posición como sentido de lo que uno puede, o no, “permitirse” implica una aceptación tácita de la propia posición, un sentido de los límites (“esto no es para nosotros”) o, lo que viene a ser lo mismo, un sentido de las distancias que se deben marcar o mantener, respetar o hacer respetar. Todo ello se manifiesta sin duda con una fuerza tanto mayor cuanto más penosas sean las condiciones de existencia y más rigurosamente impuesto el principio de realidad (de ahí el profundo realismo que suele caracterizar la visión del mundo de los dominados y que, al funcionar como una especie de instinto de conservación socialmente constituido, sólo puede parecer conservador por referencia a una representación exterior, por tanto normativa, del “interés objetivo” de aquellos a quienes ayuda a vivir, o a sobrevivir).⁶

⁶ Ese sentido de las realidades no implica de ninguna manera una conciencia de clase en sentido psicosociológico, el menos irreal que puede darse a ese término, es decir una *representación explícita* de la posición ocupada en la estructura social, y de los intereses colectivos correlativos; y menos aún una *teoría de las clases sociales*, es decir, no sólo un sistema de clasificación fundado en principios explícitos y lógicamente controlados, sino también un conocimiento riguroso de los mecanismos responsables de las distribuciones. De hecho, para acabar con la metafísica de la toma de conciencia y de la conciencia de clase, especie de *cogito* revolucionario de la conciencia colectiva de una entidad personificada, basta examinar las condiciones económicas y sociales que posibilitan esa forma de distancia con respecto al presente de la práctica que suponen la concepción y la formulación de una representación más o menos elaborada de un futuro colectivo (es lo que yo había esbozado en mi análisis de las relaciones entre la conciencia temporal, y en especial la capacidad para el cálculo económico racional, y la conciencia política entre los trabajadores argelinos).

Si las relaciones de fuerza objetivas tienden a reproducirse en las visiones del mundo social que contribuyen a la permanencia de esas relaciones, podemos concluir que los principios estructurales de la visión del mundo radican en las estructuras objetivas del mundo social y que las relaciones de fuerza están también presentes en las conciencias con la forma de las categorías de percepción de esas relaciones. Pero la parte de indeterminación y evanescencia que comportan los objetos del mundo social es, junto con el carácter práctico, prerreflexivo e implícito en los esquemas de percepción y apreciación que se les aplican, el punto de Arquímedes objetivamente abierto a la acción propiamente política. El conocimiento del mundo social y, más precisamente, de las categorías que lo posibilitan es lo que está verdaderamente en juego en la lucha política, una lucha inseparablemente teórica y práctica por el poder de conservar o de transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo.

La capacidad de dar existencia explícita, de publicar, de hacer público, es decir, objetivado, visible, decible o, incluso, oficial a aquello que, al no haber accedido a la existencia objetiva y colectiva, continuaba en estado de experiencia individual o serial —malestar, ansiedad, expectación, inquietud—, representa un formidable poder social, el poder de hacer los grupos haciendo el *sentido común*, el consenso explícito, de todo el grupo. De hecho, tal trabajo de categorización, es decir, de explicitación y de clasificación, se realiza sin cesar, en todo momento de la vida diaria, en ocasión de las luchas que oponen a los agentes en cuanto al sentido del mundo social y de su posición en ese mundo, de su identidad social, a través de todas las formas del bien decir y del mal decir, de la bendición o de la maldición y de la maledicencia: los elogios, felicitaciones, alabanzas, cumplidos, etcétera, o los insultos, inculpaciones, críticas, acusaciones, calumnias, etcétera. No es casual que *kategoresthai*, de donde provienen nuestras categorías y categoramas, signifique acusar públicamente.

Resulta comprensible que una de las formas elementales del poder político haya consistido, en muchas sociedades arcaicas, en el poder casi mágico de *nombrar* y de hacer existir gracias a la nominación. Así en Kabília la función de expli-

tación y el trabajo de producción simbólica que llevaban a cabo en particular en las situaciones de crisis, en que el sentido del mundo se oscurece, conferían a los poetas funciones políticas eminentes: las del jefe de la guerra o del embajador.⁷ Pero con los progresos de la diferenciación del mundo social y la constitución de campos relativamente autónomos, el trabajo de producción y de imposición del sentido se realiza dentro de y mediante las luchas del campo de la producción cultural (y ante todo en el interior del subcampo político); es lo propio, el interés específico de los productores profesionales de representaciones objetivas del mundo social o, mejor dicho, de métodos de objetivación.

Que el modo de percepción legítima sea un objeto de luchas tan importante se debe, por una parte, a que el paso de lo implícito a lo explícito no tiene nada de automático, y la misma experiencia de lo social puede reconocerse en expresiones muy diversas, y, por otra, a que las diferencias objetivas más pronunciadas pueden estar ocultas por diferencias más directamente visibles (como las que separan, por ejemplo, las etnias). Si es cierto que existen en la objetividad configuraciones perceptivas, *Gestalten* sociales, y que la proximidad de las condiciones, y por lo tanto de las disposiciones tiende a retraducirse en vínculos y agrupaciones perdurables, unidades sociales directamente perceptibles, como por ejemplo regiones o barrios socialmente distintos (con la segregación espacial) o conjuntos de agentes dotados de propiedades visibles enteramente semejantes, tales como los *Stände*, también lo es

⁷ En este caso, la producción del sentido común consiste, en lo esencial, en reinterpretar continuamente el tesoro común de los discursos sagrados (proverbios, dichos poetas, gnómicos, etcétera), en “dar un sentido más puro a las palabras de la tribu”. Apropiarse de las palabras en que se encuentra depositado todo aquello que un grupo reconoce es asegurarse una ventaja considerable en las luchas por el poder. Esto se ve bien en las luchas por la autoridad religiosa: la palabra más preciosa es la palabra sagrada y, como lo destaca Guershom Scholem, es porque debe reapropiarse de los símbolos para hacerse reconocer que la contestación mística se hace “recuperar” por la tradición. Objeto de luchas, las palabras del léxico político llevan en sí mismas la polémica en forma de *polísemia*, lo cual es la huella de los usos antagónicos que de ellas han hecho y hacen grupos diferentes. Una de las estrategias más universales de los profesionales del poder simbólico, poetas en las sociedades arcaicas, profetas, hombres políticos, consiste en poner de su lado el *sentido común*, apropiándose de las palabras a las que todo el grupo da valor porque son las depositarias de su creencia.

que sólo hay diferencia socialmente conocida y reconocida para un sujeto capaz no sólo de percibir las diferencias, sino también de reconocerlas como significantes, interesantes, es decir, para un sujeto provisto de la aptitud y la inclinación a *hacer* las diferencias que se tienen por significativas en el universo social considerado.

Así, en particular mediante las propiedades y sus distribuciones, el mundo social accede, en la objetividad misma, el estatus de *sistema simbólico*, el cual, como un sistema de fonemas, se organiza según la lógica de la diferencia, de la separación diferencial, de esta manera constituida como *distinción significativa*. El espacio social y las diferencias que en él se trazan “espontáneamente” tienden a funcionar simbólicamente como *espacio de los estilos de vida* o como conjunto de *Stände*, de grupos caracterizados por estilos de vida diferentes.

La distinción no implica necesariamente, como suele creerse a partir de Veblen y su teoría de la *conspicuous consumption*, la búsqueda de la distinción. Todo consumo y, más en general, toda práctica son *conspicuous*, visibles, hayan sido realizados o no *para ser vistos*, son distintivos, hayan estado o no inspirados por la intención de hacerse notar, de singularizarse (*to make oneself conspicuous*), de distinguirse o de actuar con distinción. En este sentido, la práctica está destinada a funcionar como *signo distintivo* y, cuando se trata de una diferencia reconocida, legítima, aprobada, como *signo de distinción* (en los diferentes sentidos del término). Por otra parte, los agentes sociales, al ser capaces de percibir como distinciones significantes las diferencias “espontáneas” que sus categorías de percepción los llevan a considerar pertinentes, son también capaces de acrecentar intencionalmente esas diferencias espontáneas de estilo de vida mediante lo que Weber llama la “estilización de la vida” (*Stilisierung des Lebens*). La búsqueda de la distinción —que puede marcarse en las maneras hablar o en el rechazo del matrimonio desigual*— produce separaciones destinadas a ser percibidas o, mejor dicho, conocidas, o reconocidas como diferencias legítimas, es decir, la mayoría de las veces como diferencias de naturaleza, como cuando se habla de “distinción natural”.

* “Matrimonio desigual”: *mésalliance*, en el original, es decir, “alianza por casamiento con una persona de condición social inferior” (Dicc. Litré, 1958) o “de clase social inferior o sin fortuna” (Larousse-Lexis, 1979).

La distinción —en el sentido habitual del término— es la diferencia inscrita en la propia estructura del espacio social cuando se le percibe conforme a categorías acordadas a esta estructura; y el *Stand* weberiano, que suele oponerse a la clase marxista, es la clase construida mediante un recorte adecuado del espacio social cuando es percibida según categorías derivadas de la estructura de ese espacio. El capital simbólico —otro nombre de distinción— no es sino el capital, de cualquier especie, cuando es percibido por un agente dotado de categorías de percepción que provienen de la incorporación de la estructura de su distribución, es decir, cuando es conocido y reconocido como natural. Las distinciones, en su calidad de transfiguraciones simbólicas de las diferencias de hecho, y, más en general, los rangos, órdenes, grados o todas las otras jerarquías simbólicas, son el producto de la aplicación de esquemas de construcción que, como por ejemplo los pares de adjetivos empleados para enunciar la mayoría de las valoraciones sociales, son el producto de la incorporación de las estructuras a las que se aplican, y el reconocimiento de la legitimidad más absoluta no es sino la aprehensión como natural del mundo ordinario que resulta de la coincidencia casi perfecta de las estructuras objetivas con las estructuras incorporadas.

De ello concluimos, entre otras consecuencias, que el capital simbólico va al capital simbólico y que la autonomía real del campo de producción simbólica no impide que éste siga dominado, en su funcionamiento, por las fuerzas que rigen el campo social, ni que las relaciones de fuerza objetivas tiendan a reproducirse en las relaciones de fuerza simbólicas, en las visiones del mundo social que contribuyen a asegurar la permanencia de esas relaciones de fuerza. En la lucha por la imposición de la visión legítima del mundo social, una lucha en que la propia ciencia se ve inevitablemente comprometida, los agentes poseen un poder proporcional a su capital simbólico, es decir, al reconocimiento que reciben de un grupo. La autoridad que funda la eficacia performativa del discurso sobre el mundo social, la fuerza simbólica de las visiones y previsiones que apuntan a imponer principios de visión y división de ese mundo, es una *percipi*, un ser conocido y reconocido (*nobilis*), que permite imponer un *percipere*. Los más *visibles* desde el

punto de vista de las categorías perceptivas en vigor son los mejor ubicados para cambiar la visión cambiando las categorías de percepción. Pero también, salvo excepciones, son los menos inclinados a hacerlo.

El orden simbólico y el poder de nominación

En la lucha simbólica por la producción del sentido común o, más precisamente, por el monopolio de la *nominación* legítima como imposición oficial —es decir, explícita y pública— de la visión legítima del mundo social, los agentes comprometen el capital simbólico que han adquirido en las luchas anteriores y principalmente todo el poder que poseen sobre las taxonomías instituidas, inscritas en las conciencias o en la objetividad, como los títulos. Todas las estrategias simbólicas mediante las cuales los agentes intentan imponer su visión de las divisiones del mundo social y de su posición en ese mundo pueden situarse así entre dos extremos: el insulto, *idios logos* por el cual un simple particular trata de imponer su punto de vista asumiendo el riesgo de la reciprocidad, y la *nominación oficial*, acto de imposición simbólica que cuenta con toda la fuerza de lo colectivo, del consenso, del sentido común, porque es operada por un mandatario del Estado, detentador del *monopolio de la violencia simbólica legítima*. Por una parte, el universo de las perspectivas particulares, de los agentes singulares que, desde su punto de vista particular, desde su posición particular, producen nominaciones —de sí mismos y de los otros— particulares e interesadas (sobrenombres, apodos, insultos o aun acusaciones, calumnias, etcétera) cuya impotencia para hacerse reconocer y ejercer, por tanto, un efecto verdaderamente simbólico crece en la medida en que sus autores están menos *autorizados* a título personal (*auctoristas*) o institucional (delegación) y más directamente interesados en hacer reconocer el punto de vista que se esfuerzan por imponer.⁸ Por otra, el punto de vista autorizado de un agente autorizado, a título personal, como algún crítico

⁸ Como muy bien lo mostró Leo Spitzer a propósito del *Quijote*, donde el mismo personaje posee varios nombres, la políonomasia, es decir, la plurali-

importante, un prolonguista prestigioso o un autor consagrado (“J'accuse”*) sobre todo el punto de vista legítimo del portavoz autorizado, del mandatario de Estado “geometral de todas las perspectivas”, según la expresión de Leibniz, la nominación oficial, o el *título* que, como el título escolar, vale en todos los mercados y que, en su calidad de definición oficial de la identidad oficial, libra a sus poseedores de la lucha simbólica de todos contra todos al conferir a los agentes sociales la perspectiva autorizada, reconocida por todos, universal. El Estado, que produce las clasificaciones oficiales, es en cierto modo el tribunal supremo al que se refería Kafka cuando hacía decir a Block, a propósito del abogado y de su pretensión de incluirse entre los “grandes abogados”: “Cualquiera puede naturalmente calificarse de ‘grande’ si así lo desea; pero en la materia lo que decide son las costumbres del tribunal.”⁹ En realidad el análisis científico no necesita elegir entre el perspectivismo y lo que convendría llamar absolutismo: en efecto, la verdad del mundo social es objeto de una lucha entre agentes armados de manera muy dispar para acceder a la visión y la previsión absolutas, es decir, autoverificantes.

Se podría analizar según esta perspectiva el funcionamiento de una institución como el Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos, institución estatal francesa que, al producir las taxonomías oficiales, dotadas de un valor cuasi jurídico, en particular, en las relaciones entre empleadores y empleados, el valor del título capaz de conferir derechos independientes de la actividad productiva efectivamente ejercida, tiende a fijar las jerarquías y, al hacerlo, a sancionar y consagrar una relación de fuerza entre los agentes respecto de los nombres de profesiones

dad de los nombres, sobrenombres y apodos que se atribuyen al mismo agente o a la misma institución es, junto con la polisemia de las palabras o expresiones que designan los valores fundamentales de los grupos, la huella visible de las luchas por el poder de nombrar que se ejercen en todos los universos sociales. Cf., L. Spitzer, “Perspectivism in *Don Quijote*”, en *Linguistics and Literary History*, Nueva York, Russell & Russell, 1948; trad. castellana: “Perspectivismo lingüístico en *El Quijote*”, en *Lingüística e Historia Literaria*, Madrid, Gredos, 1968.

* “J'accuse” es el célebre artículo de Emile Zola (1898) en que toma partido por una revisión del caso Dreyfus.

⁹ F. Kafka, *El proceso*.

y oficios, componente esencial de la identidad social.¹⁰ La administración de los nombres es uno de los instrumentos de la administración de la escasez material, y los nombres de grupos y, en particular, la de grupos profesionales, registran un estado de las luchas y de las negociaciones en relación con las designaciones oficiales y las ventajas materiales y simbólicas asociadas a ellas. El nombre de profesión que se confiere a los agentes, el título que se les otorga, es una de las retribuciones positivas o negativas (del mismo modo que el salario) en su calidad de *marca distintiva* (emblema o estigma) que recibe su *valor* de su posición en un sistema de títulos jerárquicamente organizado y contribuye así a la determinación de las posiciones relativas entre los agentes y los grupos. En consecuencia, los agentes pueden recurrir a estrategias prácticas o simbólicas destinadas a maximizar el beneficio simbólico de la nominación: renunciar, por ejemplo, a las gratificaciones económicas que cierto puesto les asegura, para ocupar una posición menos retribuida pero a la que se atribuye un nombre más prestigioso, o bien orientarse hacia posiciones cuya designación sea menos, precisa, con lo cual escapan de los efectos de la devaluación simbólica; también, al enunciar su identidad personal, pueden atribuirse un nombre que los incluya en una clase lo suficientemente vasta para que comprenda también a agentes que ocupan una posición superior, como el maestro que se dice docente.* De manera más general, siempre pueden optar entre varios nombres y jugar con el carácter incierto y los efectos de evanescencia ligados a la pluralidad de las perspectivas para intentar escapar al veredicto de la taxonomía oficial.

Pero donde mejor se ve la lógica de la nominación oficial es en el caso del *título* —nobiliario, escolar, profesional—, que

¹⁰ El diccionario de los oficios es la forma realizada de ese neutralismo social que anula a las diferencias constitutivas del espacio social tratando uniformemente todas las posiciones como *profesiones*, al precio de un cambio permanente desde el punto de vista de la definición (títulos, naturaleza de la actividad, etcétera): cuando, por ejemplo, llaman los anglosajones *profesionales* a los médicos, muestran que esos agentes son definidos por su profesión, que consideran un *atributo esencial*; al “enganchador de vagones”, por el contrario, se le define sólo en pequeña medida por tal atributo, que lo designa simplemente como ocupante de un puesto de trabajo; en cuanto al *professeur agrégé*, es definido, como el enganchador de vagones, por una tarea, una actividad, pero también por el título, como el médico.

* La traducción del ejemplo depende de los usos de nominación no sólo idiomáticos sino, sin duda, nacionales o dialectales; *tradujimos* por “maestro” y “docente” *instituteur* y *enseignant*, respectivamente.

es un capital simbólico garantizado social y aun jurídicamente. Noble no es solamente quien es conocido y famoso, ni siquiera quien goza de reputación y prestigio, en una palabra, *nobilis*, sino quien es reconocido como tal por una instancia oficial “universal”, es decir, quien es conocido y reconocido por todos. El título profesional o escolar es una especie de regla jurídica de percepción social, un ser percibido garantizado como un derecho. Es un capital simbólico institucionalizado, legal (y ya no solamente legítimo). Cada vez menos dissociable del título escolar, porque el sistema escolar tiende crecientemente a representar la garantía última y única de todos los títulos profesionales, tiene un valor en sí mismo, y, aunque se trata de un nombre común, funciona como un gran nombre* (nombre de una gran familia o nombre propio), y brinda toda suerte de beneficios simbólicos (y de bienes imposibles de adquirir con dinero de manera directa).¹¹ La escasez simbólica del título en el espacio de los nombres de profesión tiende a regir la retribución de la profesión (y no la relación entre la oferta y la demanda de cierta forma de trabajo); la retribución del título tiende a independizarse así de la retribución del trabajo. De esta manera, el mismo trabajo puede tener remuneraciones diferentes según los títulos de quien lo realiza (por ejemplo, titular/interino, titular/suplente, etcétera); dado que el título es en sí mismo una *institución* (como la lengua) más duradera que las características intrínsecas del trabajo, la retribución del título puede mantenerse a pesar de las transformaciones del trabajo y de su valor relativo: no es el valor relativo del trabajo lo que determina el valor del nombre, sino el valor institucionalizado del título lo que sirve de instrumento capaz de defender y mantener el valor del trabajo.¹²

* Por “nombre” *tradujimos* siempre *nom*, pero sobre todo aquí Bourdieu va a jugar también con el sentido de *nom de famille*, es decir, “apellido”.

¹¹ El ingreso en una profesión con título está cada vez más estrechamente subordinado a la posesión de un título escolar, así como es estrecha la relación entre los títulos escolares y la retribución profesional, a diferencia de lo que se observa en los oficios sin títulos en que agentes que realizan el mismo trabajo pueden tener títulos escolares muy diferentes.

¹² Quienes poseen un mismo título tienden a constituirse en un grupo y a dotarse de organizaciones permanentes —colegios de médicos, asociaciones de exalumnos, etcétera— destinadas a asegurar la cohesión del grupo —reuniones periódicas, etcétera— y a promover sus intereses materiales y simbólicos.

Vale decir que no podemos hacer una ciencia de las clasificaciones sin hacer una ciencia de la lucha de las clasificaciones ni sin tener en cuenta la posición que en esa lucha por el poder de conocimiento, por el poder mediante el conocimiento, por el monopolio de la violencia simbólica legítima, ocupa cada uno de los agentes o grupos de agentes comprometidos, sean simples particulares dedicados a los azares de la lucha simbólica cotidiana o bien los profesionales autorizados (y a tiempo completo), entre quienes se encuentran todos los que hablan o escriben acerca de las clases sociales y que se distinguen según sus clasificaciones involucren en mayor o menor grado al Estado, detentador del monopolio de la *nominación oficial*, de la clasificación correcta, del buen orden.

Si por una parte la estructura del campo social es definida en cada momento por la estructura de la distribución del capital y de los beneficios característicos de los diferentes campos particulares, en cada uno de estos espacios puede ponerse en juego la definición misma de lo que está en juego y las respectivas cartas de triunfo. Todo campo es el lugar de una lucha más o menos declarada por la definición de los principios legítimos de división del campo. La cuestión de la legitimidad surge de la propia posibilidad de este cuestionamiento, de esta ruptura con la *doxa* que acepta como una evidencia el orden habitual. Ahora bien, la fuerza simbólica de las partes comprometidas en esa lucha no es nunca completamente independiente de su posición en el juego, aun cuando el poder de nominación propiamente simbólico constituya una fuerza relativamente autónoma en relación con las otras formas de fuerza social. Las imposiciones de la necesidad inscrita en la estructura misma de los diferentes campos rigen aun respecto de las luchas simbólicas destinadas a conservar o transformar esa estructura: el mundo social es en gran parte algo que hacen los agentes, a cada momento; pero sólo pueden deshacerlo o rehacerlo sobre la base de un conocimiento realista de lo que este mundo es y de lo que ellos pueden hacer en función de la posición que en él ocupan.

En síntesis, el trabajo científico aspira a establecer un conocimiento adecuado tanto del espacio de las relaciones objetivas entre las diferentes posiciones constitutivas del campo como de las relaciones necesarias que se establecen, por la mediación de los *habitus* de sus ocupantes, entre esas posiciones y las tomas de

posición correspondientes, es decir, entre los puntos ocupados en ese espacio y los puntos de vista sobre ese espacio mismo, los cuales participan de la realidad y del devenir de ese espacio. En otras palabras, la delimitación objetiva de clases construidas, es decir, de *regiones* del espacio construido de las posiciones, permite comprender el principio y la eficacia de las estrategias clasificatorias con que los agentes aspiran a conservar o a modificar en ese espacio, y los puntos de vista sobre ese espacio mismo, la constitución de grupos organizados para la defensa de los intereses de sus miembros.

El análisis de la lucha de las clasificaciones permite mostrar la ambición política que suele asolar la ambición gnoseológica de producir la correcta clasificación: ambición que define particularmente al *rex*, aquel a quien incumbe, según Beneveniste, *regere fines y regere sacra*, trazar, mediante la palabra, las fronteras entre los grupos, así como entre lo sagrado y lo profano, el bien y el mal, lo vulgar y lo distinguido. Para evitar hacer de la ciencia social una manera de proseguir la política con otros medios, el científico debe tomar como objeto la intención de asignar a los otros a clases y decirles así lo que son y lo que han de ser (con toda la ambigüedad de la *previsión*); *debe analizar, para repudiarla, la ambición de la visión del mundo creador, esa especie de intuitus originarius* que haría existir las cosas conforme a la propia visión (con toda la ambigüedad de la clase marxista que es inseparablemente ser y deber ser). Debe objetivar la ambición de objetivar, de clasificar desde afuera objetivamente, a agentes que luchan por clasificar y clasificarse. Si le sucede clasificar —cuando, por las necesidades del análisis estadístico, realiza cortes en el espacio continuo de las posiciones sociales— es precisamente para estar en condiciones de objetivar *todas las formas de objetivación*, del insulto singular a la nominación oficial, sin olvidar la pretensión, característica de la ciencia en su definición positivista y burocrática, de arbitrar esas luchas en nombre de la "neutralidad axiológica". El poder simbólico de los agentes como poder de hacer ver —*theorein*— y de *hacer creer, de producir y de imponer la clarificación legítima o legal depende, en efecto, como lo recuerda el caso del rex*, de la posición ocupada en el espacio (y en las clasificaciones que se encuentran potencialmente inscritas en él). Pero objetivar la objetivación es, ante todo, objetivar el campo de produc-

ción de las representaciones objetivadas del mundo social y, en particular, de las taxonomías legislativas, en una palabra, el campo de la producción cultural o ideológica, juego en el que el propio científico, como todos los que debaten sobre las clases sociales, está incluido.

El campo político y el efecto de las homologías

Si se quiere comprender más allá de la mitología de la toma de conciencia el paso del sentido práctico de la posición ocupada, *en sí mismo disponible para diferentes explicitaciones*, a manifestaciones verdaderamente políticas es necesario ocuparse de este campo de luchas simbólicas en que los profesionales de la representación, en todos los sentidos del término, se oponen en relación con otro campo de luchas simbólicas. Quienes ocupan las posiciones dominadas en el espacio social también están situados en posiciones dominadas en el campo de la producción simbólica y no se ve bien de dónde podrían llegarles los instrumentos de producción simbólica necesarios para expresar su propio punto de vista acerca de lo social si la lógica propia del campo de la producción cultural y los intereses específicos que en él se engendran no tuvieran el efecto de inclinar una fracción de los profesionales comprometidos en ese campo a ofrecer a los dominados, sobre la base de una homología de posición, los instrumentos de ruptura con las representaciones que se engendran en la complicidad inmediata de las estructuras sociales y mentales y que tienden a asegurar la reproducción continuada del capital simbólico. El fenómeno que la tradición marxista designa como “la conciencia del exterior”, es decir, la contribución que ciertos intelectuales aportan a la producción y difusión, en particular en dirección de los dominados, de una visión del mundo social que rompe con la visión dominante, sólo se puede comprender sociológicamente si se toma en cuenta la homología entre la posición dominada de los productores de bienes culturales en el campo del poder (o en la división del trabajo de dominación) y la posición en el espacio social de los agentes más enteramente desposeídos de todo medio de producción económica y cultural. Pero la construcción del modelo del espacio social

que sustenta este análisis supone una ruptura tajante con la representación unidimensional y unilineal del mundo social que sirve de base a la visión dualista según la cual el universo de las oposiciones constitutivas de la estructura social se reduciría a la oposición entre los propietarios de los medios de producción y los vendedores de fuerza de trabajo.

Las insuficiencias de la teoría marxista de las clases, y en particular su incapacidad para dar cuenta del conjunto de las diferencias objetivamente atestiguadas, son el resultado de que al reducir el mundo social al campo económico, esta teoría se condena a definir la posición social solamente por referencia a la posición en las relaciones de producción económica, así como de que ignora al mismo tiempo las posiciones ocupadas en los diferentes campos y subcampos, en particular en las relaciones de producción cultural, y todas las oposiciones que estructuran el campo social y son irreducibles a la oposición entre propietarios y no propietarios de los medios de producción económica; construye así un mundo social unidimensional, organizado simplemente en torno a la oposición entre dos bloques (con lo cual uno de los problemas mayores pasa a ser el del *límite* entre eso dos bloques, con todos los problemas conexos, de eterna discusión, en relación con la aristocracia obrera, el “aburguesamiento” de la clase obrera, etcétera). En realidad, el espacio social es un espacio pluridimensional, un conjunto abierto de campos relativamente autónomos, es decir, más o menos fuerte y directamente subordinados, en su funcionamiento y sus transformaciones, al campo de la producción económica: en el interior de cada uno de los subespacios, los ocupantes de las posiciones dominantes y los de las posiciones dominadas se comprometen constantemente en luchas de diferentes formas (sin constituirse necesariamente por eso como grupos antagónicos).

Pero lo más importante, desde el punto de vista del problema de la ruptura del círculo de la reproducción simbólica, es que sobre la base de las homologías de posición en el interior de campos diferentes (y de lo que hay de invariante, es decir, de universal, en la relación entre dominante y dominado) pueden instaurarse *alianzas* más o menos duraderas y siempre fundadas en un malentendido más o menos consciente. La homología de posición entre los intelectuales y los obreros de la industria —en que los primeros ocupan dentro del campo del poder, es

decir, en relación con los patrones de la industria y del comercio, posiciones homólogas a las que ocupan los obreros industriales en el espacio social en su conjunto— está en el principio de una alianza ambigua en la cual los productores culturales, dominados entre los dominantes, ofrecen a los dominados, al precio de una especie de desviación del capital cultural acumulado, los medios para constituir objetivamente su visión del mundo y la representación de sus intereses con una teoría explícita y los instrumentos de representación institucionalizados: organizaciones sindicales, partidos, tecnologías sociales de movilización y de manifestación, etcétera.¹³

Pero conviene evitar tratar la homología de posición, similitud en la diferencia, como una identidad de condición (como lo hacía, por ejemplo, la ideología de las “tres P”: patrón, padre, profesor, desarrollada por el movimiento izquierdista del 68). Sin duda, la misma estructura —entendida como *invariante* de las formas de las diferentes distribuciones— se vuelve a encontrar en los diferentes campos (lo cual explica la fecundidad del pensamiento analógico en sociología); sin embargo, el principio de la diferenciación es distinto en cada caso, así como lo que está en juego y la naturaleza del interés, y por lo tanto, la *economía* de las prácticas. Es importante establecer una justa jerarquización de los principios de jerarquización, es decir, de las especies de capital. El conocimiento de la jerarquía de los principios de división permite definir los límites dentro de los cuales operan los principios subordinados y, al mismo tiempo, los límites de las similitudes vinculadas a la homología; las relaciones de los demás campos con el campo de la producción económica son a la vez relaciones de homología estructural y relaciones de dependencia causal, donde la forma de las determinaciones causales es definida por las relaciones estructurales y la fuerza de la dominación es tanto mayor cuanto más próximas estén de las relaciones de producción económica las relaciones en las cuales esa fuerza se ejerce.

¹³ La ilustración más perfecta de este análisis puede encontrarse, gracias a los hermosos trabajos de Robert Darnton, en la historia de esa especie de revolución cultural que los dominados en el interior del campo intelectual en vías de constituirse, los Brissot, Mercier, Desmoulins, Hébert, Marat y tantos otros, realizaron dentro del movimiento revolucionario (destrucción de las academias, dispersión de los salones, supresión de las pensiones, abolición de los privilegios) y que, al hallar su principio en el estatuto de “parias culturales”, se dirigió prioritariamente contra los fundamentos simbólicos del poder,

Habría que analizar los intereses específicos que los mandatarios deben a su posición en el campo político y en el subcampo del partido o sindicato, y mostrar todos los efectos “teóricos” que estos intereses determinan. Numerosas discusiones intelectuales en torno a las “clases sociales” —pienso, por ejemplo, en el problema de la “aristocracia obrera o de los empleados jerárquicos”— * no hacen sino retomar los interrogantes prácticos que se imponen a los responsables políticos: siempre frente a los imperativos prácticos (a menudo contradictorios) que nacen de la lógica de la lucha dentro del campo político, tales como la necesidad de probar su representatividad o la preocupación por movilizar el mayor número posible de votos o de mandatos enfatizando la irreductibilidad de su proyecto al de los otros mandatarios, y condenados así a colocar el problema del mundo social en la lógica típicamente sustancialista de las fronteras entre los grupos y del volumen del grupo movilizable, los responsables políticos pueden intentar resolver el problema que se plantea a todo grupo preocupado por conocer y hacer reconocer su fuerza, es decir, su existencia, recurriendo a conceptos de geometría variable, como los de “clase obrera”, “pueblo” o “trabajadores”. Pero veríamos sobre todo que el efecto de los intereses específicos asociados a la posición que ocupan en el campo y en la competencia por imponer visiones del mundo social inclina a los teóricos y a los portavoces profesionales, es decir, a todos aquellos a quienes el lenguaje común llama

contribuyendo, mediante la “politico-pornografía” y los libelos escatológicos, a la “deslegitimación”, que es sin duda una de las dimensiones fundamentales del radicalismo revolucionario. (Cf., R. Darnton, “The High Enlightenment and the Low-Life of Literature in Pre-Revolutionary France”, *Past and Present* (51), 1971, pp. 81-115, trad. francesa en *Bohème littéraire et révolution, Le monde des livres au XVIII^e siècle*, París, Gallimard Seuil, 1983, pp. 7-41; sobre el caso ejemplar de Marat, de quien suele ignorarse que fue también, o primero, un mal físico, se puede leer también C.C. Gillispi: *Science and Politics in France at the End of the Old Regime*, Princeton University Press, 1980, pp. 290-330.)

* “Empleados jerárquicos” traduce aquí *cadre*. La categoría única de *cadre* (“miembro del personal que ejerce funciones de dirección o de control en una empresa o una administración”. Larousse-Lexis, 1979) no tiene equivalente exacto tan claro en nuestro castellano; los *cadres supérieurs* son los directivos, pero el conjunto de *cadres moyens* incluye a todos los obreros o empleados, excepto los directivos, a partir de un puesto como el de capataz.

permanentes,* a producir productos diferenciados, distintivos, que, dada la homología entre el campo de los productores profesionales y el de los consumidores de opiniones, son casi automáticamente ajustados a las diferentes formas de demanda, *demanda definida, en este caso más que nunca, como una demanda de diferencia, de oposición, a cuya producción ellos, por otra parte, contribuyen al permitirle hallar una expresión. Es la estructura del campo político, es decir, la relación objetiva con los ocupantes de las otras posiciones y la relación con las tomas de posición concurrentes que aquéllos proponen, la que, tanto como la relación directa con los mandantes, determina las tomas de posición, es decir, la oferta de productos políticos. Dado que los intereses directamente comprometidos en la lucha por el monopolio de la expresión legítima de la verdad del mundo social tienden a ser el equivalente específico de los intereses de los ocupantes de las posiciones homólogas en el campo social, los discursos políticos se ven afectados por una suerte de duplicidad estructural: parecen directamente destinados a los mandantes, pero en realidad se dirigen a los competidores en el campo.*

De este modo, las tomas de posición políticas en un momento dado (por ejemplo, los resultados electorales) son el producto de un encuentro entre una oferta política de opiniones políticas objetivadas (programas, plataformas de partidos, declaraciones, etcétera) ligada a toda la historia anterior del campo de producción, con una demanda política, en relación a su vez ligada con la historia de las relaciones entre oferta y demanda. La correlación entre las tomas de posición acerca de tal o cual problema político y las posiciones en el espacio social que podemos comprobar en un momento dado sólo la podremos comprender completamente si observamos que las clasificaciones practicadas por los votantes para hacer su elección (derecha/izquierda, por ejemplo) son el producto de todas las luchas anteriores, y que lo mismo sucede con las clasificaciones realizadas por el analista para clasificar no sólo las opiniones sino también a los agentes que las expresan. Toda la historia del campo social está constantemente presente en forma materializada —instituciones tales como las permanencias de

* *Permanents* son quienes trabajan para un sindicato o una agrupación política tiempo completo; su cargo es una *permanence*.

los partidos o sindicatos— y en forma incorporada —las disposiciones de los agentes que hacen funcionar esas instituciones o las combaten (con los efectos de histeresis ligados a las fidelidades)—. Todas las formas de identidad colectiva reconocida —la "clase obrera" o la CGT, los "artesanos", los "cadres" o los "proffeseurs agrégés",* etcétera— son el producto de una larga y lenta elaboración colectiva: sin ser completamente artificial, en cuyo caso la empresa de constitución no habría tenido éxito, cada uno de los cuerpos representados dotados de una identidad social conocida y reconocida existe merced a un conjunto de instituciones que son otras tantas invenciones históricas, una sigla, *sigillum authenticum*, como decían los canonistas, un sello, un despacho y un secretariado dotado del monopolio de la firma y de la *plena potentia agendi et loquendi*, etcétera. Producto de las luchas que han tenido lugar, dentro del campo político y también fuera de él, respecto, sobre todo, del poder sobre el Estado, esta representación debe sus características específicas a la historia particular de un campo político y de un Estado particulares (lo que explica, entre otras cosas, las diferencias que separan las representaciones, de las divisiones sociales, y por lo tanto, de los grupos representados, según los países). De modo que para evitar ser atrapados por los efectos del trabajo de *naturalización* que todo grupo tiende a producir con el fin de legitimarse, de justificar plenamente su existencia, es necesario reconstruir en cada caso el *trabajo histórico* cuyo producto son las divisiones sociales y la visión social de esas divisiones. La posición social adecuadamente definida en lo que permite la mejor previsión de las prácticas y de las representaciones, pero para evitar conferir a lo que antiguamente se llamaba los *estados*, a la identidad social (hoy día crecientemente identificada con la identidad profesional) el lugar del ser en la antigua metafísica, es decir, la función de una esencia de la cual se desprenderían todos los aspectos de la existencia histórica —según la fórmula *operatio sequitur esse*— debemos recordar con toda claridad que ese *status*, así como el *habitus* que en él se engendra, son productos de la historia, susceptibles de ser transformados, con mayor o menor dificultad por la historia.

* El de *professeur agrégé* es el título más alto desde el punto de vista de la jerarquía escolar; se obtiene por concurso.

La clase como representación y voluntad

Pero para establecer cómo se constituye e instituye el poder de constitución y de institución que posee el portavoz autorizado —el jefe de un partido o de un sindicato, por ejemplo— no basta con dar cuenta de los intereses específicos de los teóricos o de los portavoces y de las afinidades estructurales que los unen a sus mandantes; es necesario también analizar la lógica del proceso de institución, habitualmente percibido y descrito como proceso de delegación, en el cual el mandatario recibe del grupo el poder de hacer el grupo. Podemos seguir aquí, trasponiendo sus análisis, a los historiadores del Derecho (Kantorowicz, Post, etcétera) cuando describen el misterio del ministerio, según el juego de palabras sobre *mysterium* y *ministerium* que tanto agrada a los canonistas. El misterio del proceso de transubstanciación que hace que el portavoz se convierta en el grupo que él expresa sólo puede ser penetrado a partir de un análisis histórico de la génesis y del funcionamiento de la *representación* por la cual el representante hace el grupo que lo hace: el portavoz dotado del pleno poder de hablar y actuar en nombre del grupo, y en primer lugar sobre el grupo, por la magia de la consigna, es el sustituto del grupo que sólo existe a través de esa procuración; personificación de una persona ficticia, de una ficción social, arranca a quienes pretende representar del estado de individuos separados permitiéndoles actuar y hablar por su intermedio como un solo hombre. En contrapartida, recibe el derecho de tomarse por el grupo, de hablar y actuar como si fuera el grupo hecho hombre: "*Status est magistratus*", "*L'Etat c'est moi*", "El sindicato piensa que...", etcétera.

El misterio del ministerio es uno de esos casos de magia social donde una cosa o una persona se transforma en algo distinto de lo que es, donde un hombre (un ministro, obispo, delegado, diputado, secretario general, etcétera) puede identificarse y ser identificado con un conjunto de hombres, con el Pueblo, los Trabajadores, etcétera, o con una entidad social, con la Nación, el Estado, la Iglesia, el Partido. El misterio del ministerio encuentra su apogeo cuando el grupo sólo puede existir por la delegación en el portavoz que lo hará existir hablando por él, es decir, en su favor y en su lugar. El círculo es entonces perfecto: hace el grupo quien habla en su nombre, que aparece así como el principio del poder que

ejerce sobre aquellos que son su principio verdadero. Esta relación circular es la raíz de la ilusión carismática que hace que, finalmente, el portavoz pueda aparecer y ser visto como *causa sui*. La alienación política encuentra su principio en el hecho de que los agentes aislados no pueden constituirse en grupo —y tanto menos cuanto más desprovistos estén simbólicamente—, es decir, en fuerza capaz de hacerse oír en el campo político, si no se despojan de su identidad en beneficio de un aparato: siempre hay que arriesgar la desposesión política para evitar la desposesión política. El fetichismo es, según Marx, lo que aparece cuando "los productos de la cabeza del hombre aparecen como dotados de vida propia"; el fetichismo político reside precisamente en el hecho de que el valor del personaje hipostasiado, ese producto de la cabeza del hombre, aparece como carisma, misteriosa propiedad objetiva de la persona, atractivo inasible, misterio inabordable. El ministro, ministro del culto o del Estado, guarda una relación metonímica con el grupo; es una parte del grupo, pero funciona como signo en lugar de la totalidad del grupo. Es él quien, en su calidad de sustituto totalmente real de un ser totalmente simbólico, alienta un "error de categoría", como diría Ryle, bastante parecido al del chico que, después de haber visto desfilar a los soldados que componen el regimiento, pregunta dónde está el regimiento: por su sola existencia visible constituye la pura diversidad serial de los individuos separados como persona moral, la *collectio personarum plurium* como *corporatio*, como cuerpo constituido, e incluso, por efecto de la movilización y de la manifestación, puede hacerla aparecer como un agente social.

La política es el lugar por excelencia de la eficacia simbólica, acción que se ejerce por signos capaces de producir cosas sociales, y en particular grupos. En virtud del más antiguo de los efectos metafísicos ligados a la existencia de un simbolismo, el que permite considerar como existente todo lo que puede ser *significado* (Dios o el no ser), la representación política produce y reproduce en todo momento una forma derivada del argumento del rey de Francia calvo, un argumento caro a los lógicos: cualquier enunciado predicativo que incluya a "la clase obrera" como sujeto disimula un enunciado existencial (*hay* una clase obrera). Mas, en general, todos los enunciados que tienen como sujeto un colectivo: Pueblo, Cla-

se, Universidad, Escuela, Estado, suponen resuelta la cuestión de la existencia del grupo correspondiente y encierran esa especie de “falsificación metafísica” que se pudo denunciar en el argumento ontológico. El portavoz es quien al hablar de un grupo, al hablar en lugar de un grupo, cuestiona subrepticamente la existencia del grupo, instituye ese grupo, por la operación de magia inherente a todo acto de nominación. Por eso debe procederse a una crítica de la razón política, intrínsecamente inclinada a abusos de lenguaje, que son abusos de poder, si se quiere plantear el problema por el que debiera comenzar toda sociología: el de la existencia y el del modo de existencia de los colectivos.

La clase existe en la medida, y sólo en la medida, en que mandatarios dotados de la *plena potentia agendi* puedan estar y sentirse autorizados a hablar en su *nombre* —según la ecuación “El Partido es la clase obrera” o “la clase obrera es el Partido”, fórmula que reproduce la ecuación de los canónigos “la Iglesia es el Papa (o los obispos), el Papa (o los obispos) son la Iglesia”— y hacerla existir así como una fuerza real dentro del campo político. El modo de existencia de lo que hoy, en muchas sociedades (evidentemente diferentes) se llama la “clase obrera” es en verdad paradójico: se trata de una especie de *existencia mental*, de una existencia en el pensamiento de buena parte de los que las taxonomías designan como obreros, pero también en el pensamiento de los ocupantes de las posiciones más alejadas de aquéllos en el espacio social; esta existencia casi universalmente reconocida se basa, a su vez, en la existencia de una *clase obrera en representación*, es decir, de aparatos políticos y sindicales y de portavoces permanentes, vitalmente interesados en creer que tal clase existe y en hacérselo creer tanto a quienes se vinculan como a quienes se excluyen de ella, y capaces de *hacer hablar* a la “clase obrera” y con una voz única evocarla como se evoca a los espíritus, de invocarla como se invoca a los dioses o a los santos patronos, es decir, de exhibirla simbólicamente por medio de la *manifestación*, especie de despliegue teatral de la clase representada con el cuerpo de los representantes permanentes y toda la simbología constitutiva de su existencia: siglas, emblemas, insignias por una parte, y por la otra, la fracción más convencida de los creyentes que, por su presencia, permiten a los representantes ofrecer la representación de su repre-

sentatividad. Esta clase obrera como “voluntad y representación” (según el notable título de Schopenhauer) no tiene nada de la clase en acto, grupo real realmente movilizado que evocaba la tradición marxista: no por eso es menos real, pero su realidad es aquella realidad mágica que (según Durkheim y Mauss) define las instituciones como ficciones sociales. Verdadero cuerpo místico, creada al precio de un inmenso trabajo histórico de invención teórica y práctica, comenzando por el del propio Marx, y recreada sin cesar al precio de los innumerables y siempre renovados esfuerzos y sacrificios necesarios para producir y reproducir la creencia y la institución encargada de asegurar la reproducción de la creencia, existe en y a través del cuerpo de los mandatarios que le dan un habla y una presencia visible y en la creencia en su existencia que ese cuerpo de plenipotenciarios consigue imponer, por su mera existencia y sus representaciones, sobre la base de las afinidades que unen objetivamente a los miembros de la misma “clase en el papel” como grupo probable.¹⁴ El éxito histórico de la teoría marxista, la primera de las teorías sociales con pretensión científica tan completamente realizada en el mundo social, contribuye así a que la teoría del mundo social menos capaz de integrar el *efecto de teoría* —que más que ninguna otra ejerció— represente hoy sin duda el obstáculo más poderoso al proceso de la teoría adecuada del mundo social al que contribuyera, en otros tiempos, más que ninguna otra.

¹⁴ Para un análisis parecido de la relación entre el grupo de parentesco “en el papel” y el grupo de parentesco práctico como “representación y voluntad”, cf., Pierre Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz, 1972, y *Le sens pratique*, Paris, Minuit, 1980.